

# Sé poco de ti

---

En realidad sé poco de ti. Son tantas las cosas que sobre tu vida, y también sobre tu muerte, he oído y me han contado, que ahora que me encuentro sola ante tu imagen prefiero despojarme momentáneamente de todas ellas, ignorarlas puntualmente, y así tratar de acercarme a ti a través de mis ojos. Te observo, sencillamente.

Permanecemos durante un tiempo indefinido yo delante de ti y tú enfrente mío, como en un primer encuentro. Tu figura doliente y rotunda imponiéndose a mis sentidos, mientras yo me empapo de ella. Somos dos desconocidos, y sin embargo hay algo en este instante que me inspira una extraña sensación de confianza y de proximidad hacia ti. Como cuando uno se cruza con alguien y tiene la impresión de conocerle ya de antes, de tener algo en común.

Las dudas e interrogantes que siempre he albergado me asaltan de nuevo al contemplar tu cuerpo joven y fuerte, aunque marcado por las huellas de la sangre y el dolor. El contraste es desgarrador y me llega al alma, me la retuerce más allá de mis preguntas y más allá de las respuestas que nunca encontré. En contraposición, tu rostro parece plácido, sereno, ajeno al sufrimiento que en tus manos y en tu pecho se hace tan evidente.

Tu expresión es de ángel, la de un ángel que estuviera en el lugar equivocado, como por un error del cielo, destacando tu suave tez pálida bajo una corona de espinas que mi instinto quisiera sacarte, a pesar de que no lo hagan mis manos.

Entonces cierro los ojos un instante. Y estoy ahora tan estrechamente cerca de ti, por vez primera, que pienso en cuántas personas habrán estado antes así, ante tu mirada caída, ante tu cuerpo desarmado, rogándote sin embargo, hablándote como si estuvieras aquí. ¿Lo estás? Me doy cuenta de que esas personas son tantas, y lo han sido durante tanto tiempo, que asumo que tal vez la fe sea eso: creer a ciegas, sin más. Confiar inexplicablemente, sin otra certeza que la de todas las cosas que nacen de dentro, que se saben porque se sienten, simplemente.

Te cubre tan sólo una fina sábana blanca, cuyos nudos reposan en tu cadera agreste. Y es tan absoluta tu sencillez, tan infinita, pero aún así emanan de ti tantas cosas, que mantengo aún fija la mirada en ti, y a pesar de que no sé, de que no comprendo exactamente tu historia, reconozco en ti un halo de luz, de una luz blanca y brillante, que deben encontrar en ti quienes no la hallen en sí mismos. Imagino que para ellos serás como un guía, como unos pasos firmes que seguir en medio de la oscuridad, sirviendo de apoyo a tantas piernas temblorosas.

Y así, mirándote y mirándote, tratando de entender, paciente, espero que no te importe que abandone creencias y religiones que a veces unen y a veces separan, porque estando sólo tú, yo, identifico en tu gesto, sin más, una muestra del amor más infinito y puro, de la entrega en su

máxima expresión. Veo en ti los rastros de un amor inexplicable e inagotable que se desprende de cada centímetro de tu imagen cansada y derrotada, y en cambio tan resplandeciente y bella.

Es por eso que, aunque no entiendo el cómo ni el porqué, sí comprendo que se pueda llegar a amarte y venerarte, a encomendarse a ti, a resguardarse pacíficamente en tus brazos extendidos y sentirse protegido por ellos. Porque tu imagen impresiona, incluso duele diría, pero hay algo en ella que atrae como un imán.

Intuyo definitivamente que lo que tu cuerpo, la sola presencia de tu cuerpo ya débil, refleja no tiene nada que ver con las distintas formas de entender la vida, la religión, ni siquiera la propia realidad de tu existencia, pues simplemente está por encima de todas ellas.

Ya poco importan entonces mis dudas, porque tu mensaje es mucho más profundo y también más simple, más claro. Al menos así me llega: como una muestra de sacrificio, de entrega, de generosidad. Verte me enseña, o me recuerda, el significado de estar ahí sin más, de amar por encima de todas las cosas. Es como una especie de advertencia sobre el mismo sentido de la vida, de esta vida frágil que de repente puede acabarse, romperse.

Pero sin embargo hay más, mucho más, porque sin ser, continúas estando. Se le puede llamar de diversas formas, pero es real lo que yo siento cuando percibo tu calidez, aún a pesar de que tu figura parezca tan fría. Tu paz me abraza, me recoge. Me recorre un escalofrío cuando descubro o creo descubrir que has venido –o te han traído, o te han creado, no lo sé, pero en cualquier caso– a enseñarnos que la muerte no es tanta muerte, porque con ella no se va toda la vida. Porque puede que se pierda sólo un trozo y lo demás continúe, tal vez en nuestro pensamiento, o quizás a través del recuerdo. O en un pedazo de cielo, en una ola de mar, no importa, puede que continúe donde uno quiera encontrarla. Puede que sea en ti, o en la fe en ti.

Yo veo ante tu imagen, sea como sea, lo grande que es tu amor y lo pequeños que somos todos, también tú, que por él perdiste la vida, y por el de aquellos que te quieren vives.

Después de todo esto, sigo delante de ti, a pesar de las cosas en que creo y de aquellas en las que no creo. Espero que no te importe que así sea. Si te soy sincera, todavía no tengo del todo claro quién eres, pero estoy contigo y me encuentro bien. Esta intimidad me es cómoda y no me molesta. De manera que es posible que vuelva a sentarme ante ti otras veces, siendo ya algo más conocidos, habiendo roto un poco el hielo que nos separaba. Sabiendo que se puede compartir un rato contigo, que se puede quererte aún con preguntas que difícilmente tendrán respuesta. Porque a pesar de todo, al final, seguramente ya no la necesiten.

Cristina Fuster Comamala  
Licenciada en Derecho  
Universidad Pompeu Fabra

## El susurro de la Cruz



Hay una experiencia difícilmente relatable: un hombre en pie, dispuesto a reconocerse pequeño ante el Señor y a dejarse consolar por Su mirada en una tarde de domingo. Un hombre solo, aunque acompañado frente a frente por el Cristo. Un hombre que ama la palabra y ha decidido hacer con ella una gavilla de poemas con los que nombrar lo que difícilmente tiene nombre, porque se ha fraguado en las íntimas grutas del silencio... Sólo el poeta situado frente al Cristo sabe de la imponente profundidad de esos ojos que le atarán ya de por vida.

Esta es la experiencia del poeta ante la Cruz, desde esta ladera, la que hemos vivido todos aquellos que aceptamos un día la hermosa invitación de la Cofradía del Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora. Por eso se experimenta desde el poema. No otro tipo de texto literario podría dar cabida a tal intensidad emocional. La palabra, instrumento primero de comunicación entre los hombres tiene que estirarse hasta el infinito para poder hablar del Cristo, y es ese fracaso del poeta el que da la medida de su lucidez humilde. Saber que su frustración es la condición inicial de su palabra es lo que le obliga a forjar el texto lírico en la fragua de lo imposible...y hacer de él la medida de su humanidad.

Por eso la palabra cede paso con frecuencia al lento fluir de la confesión personal. El poeta habla consigo mismo en el espacio errante del sosiego. El escritor dialoga silenciosamente, íntimamente de la forma más hermosa que posee con el sustento de su aliento y su palabra, el Dios que sufre cada Semana Santa, repetidamente, recordando la ceguera y la incapacidad del hombre de reconocerse en el milagro de la Vida. Y lo hace de manera pública, porque esta es la condición más certera del perdón. Por ello, hace de los cofrades y amigos testigos de su confidencia pública con el Señor. Y ese doble rostro de lo íntimo y lo social dota el acto del Poeta ante la Cruz de una tensión impresionante, difícilmente experimentable en otro contexto.

Uno parecería asistir desde esta ladera, la del oyente, la del testigo que escucha, a una declaración amorosa íntima, y se hace con un pudor extraño, temblante, como quien abre una puerta y encuentra a los amantes susurrándose, espejeándose los ojos de tal escalofrío. A ese estremecimiento recóndito, con el que se conmueve el espacio antiguo de la Catedral cada año, es al que se asiste todos los Domingos de Pasión con el acto ya consagrado, tras los últimos 25 años, del Poeta ante la Cruz. Un evento que ha contribuido a hacer de la Semana Santa salmantina una celebración en la que el semblante más hermoso de la literatura, la poesía, adiciona a su carácter religioso, la dimensión más expresivamente culta de esta época de memoria sagrada. Y ese cuarto de siglo ha cobrado ahora la manifestación material que le otorga un libro. El poeta ante la Cruz ha querido dejar para la posteridad todo ese caudal de sentir lírico en el que se anuda la fe y la palabra, como ejemplo prodigioso de una manera única, y peculiarmente salmantina, de vivir y sentir la Semana Santa.

Asunción Escribano

# La llave del 17

---

La procesión comienza y termina en la llave del 17.



No abre puertas, pero afianza los banzos que soportan devociones al Cristo transeúnte de la madrugada del Jueves Santo salmantino. Podría ser una llave más si con ella no se apretaran los tornillos que unen cada uno de los veinticuatro banzos exteriores a las andas de nuestras tallas para formar, amanecida de luz y tambores la noche, un retablo catequético en la calle. Y no merecería un artículo en “Cruz de guía” si no fuera porque en torno a ella se generan amistades de preparativos para la procesión y, sobre todo, de desmontaje posterior cuando Cristo ya ha regresado a la Catedral Nueva.

La llave del 17 es una llave fija de boca abierta. “Hemos podido tener más de treinta”, pronostica el hermano mayor ante la extrañeza de Chusma, cofrade cuyas manos ponen desde hace años parte de la fuerza que atornilla. Él ve exagerada la cifra y se excusa de ser sospechoso de romper o perder tantas llaves.

- ¡Que te las cargas todas!
- ¡Vive Dios que no! –afirma con gesto de ser cierto.

Algunas fueron de tubo e incluso en una ocasión Antonio (el de Alcar) decidió regalar una carraca para facilitar la técnica. “Pero nada, como la llave del 17 de toda la vida nada”, insisten entre elogios. Tradicional. Como la Semana Santa. Como la de la fotografía, una de las dos llaves que se guardan en la caja de herramientas de la cofradía. Realizada con cromo-vanadio, aleación entre dos metales. El primero, plateado, brillante, duro y al tiempo quebradizo, define el diccionario. Su compañero, de color gris claro y dúctil. Ambos, elementos químicos resistentes a la corrosión. Chrom-Vanadium se lee en la parte central de esta llave, del 17, de marca Palmera.

A la llave del 17 le precedieron muchas. Junto a Chusma, Julián recuerda aquellos primeros años de la hermandad en los que el Cristo de la Agonía Redentora desfilaba en la carroza de forja que después cobijó al Doctrinos de la Vera Cruz. Aquella era un puzle de llaves de todos los números, tornillos, tuercas y arandelas que se sustituyó con las andas de madera talladas por Agustín Cruz y estrenadas en 1993. De ahí en adelante, no hay nada que hacer sin la llave del 17. Que nadie se envalentone.

Abraham Coco Barajas

## Parecía ayer

---

Acabamos de cerrar la celebración de las 25 salidas y ya casi estamos en la puerta de la catedral para realizar un nuevo acto penitencial.



El día que me dieron la metopa y el pin de los 25 años fue muy especial para mí. En estos momentos te pones a pensar y parecía ayer cuando nos dirigíamos hacia la salida de la catedral con mi padre y mi madre, que había terminado el turno de vela en la Soledad, y nos acercamos a una pequeña capilla casi sin luz para conocer mejor esa cofradía nueva que se estaba formando.

Nos explicaron que era una nueva cofradía seria, de penitencia, diferente a las que procesionaban en esos momentos en Salamanca, en la cual participaba todo el mundo. La cosa pintaba bien y merecía la pena apuntarse y disfrutar. Toda la familia (mi padre, mi madre, mi hermano, mis tíos mis primos, hasta mi prima Ana, que tan sólo tenía 2 años) nos embarcamos en este nuevo proyecto. No se me olvidara el comentario de mi madre sobre la edad de mi prima: “Seguro que es la cofrade más pequeña”, y Julián añadió: “No, es mi hijo que tiene meses”. Éramos tantos miembros de mi familia los que decidimos unirnos que casi formábamos media cofradía por aquel entonces. Después de todo un año de reuniones había que decidir cómo iba a ser el hábito, las zapatillas, si llevaríamos capa o no, si usaríamos guantes, el recorrido la hora de salida... un época de decisiones y, sobre todo, de ilusiones puestas en la primera salida.

Por fin llego el gran día. Después de varios ensayos de carga y un montón de nervios, el Cristo de la Agonía Redentora salía a la calle, no sin suspense porque al levantar el paso se partió el anclaje de la cruz al paso, y rápidamente tuvieron que soldarlo para poder salir. Ahora recordándolo me río pero en aquel momento entre el susto y la bronca de Julián... uf, que momento. Tuve el privilegio de sacarlo a hombros por primera vez de la catedral, con nuestra antigua carroza de hierro forjado, aquella que se montaba y desmontaba cada año. Por aquel entonces, había dos turnos de carga, el de los bajos y el de los altos, y yo estaba en éste último. Fijaos como eran los altos que yo, que ahora cargo el último, entonces cargaba el primero detrás del cajón. Cuando pasábamos por el arco de la calle Toro, teníamos que agacharnos, con el Cristo bajado, igual que lo hacemos ahora. Os voy a contar un secreto. Yo cargué por primera vez con 16 años, a pesar de que no estaba permitido, pero mi envergadura me sirvió para pasar desapercibido. Aquel día no pude cenar, los nervios y la ilusión podían más que mis ganas de comer. Tengo una imagen grabada de aquel día y es ver en la cama de mis padres todos los hábitos colocados con las medallas encima... se me ponían los pelos de punta.

A la hora de vestirnos en la catedral empezaron los primeros problemas como el hecho de que a mucha gente le quedaba grande el fajín y no tenía imperdibles para ajustárselo pero que, gracias a otros más espabilados que trajeron varios, pusieron solución. Éramos novatos y eso se notaba muchísimo. ¿Y quién se ha olvidado de aquellos gorros, hechos con dos partes en forma de triángulo unidos con cinta o con esparadrapo, y que al colocárnoslos con la tela se

doblaban? Jajaja... perdonad por las risas pero aquello sí que era artesanía. Algunos más avispados les metieron papel dentro de los gorros para que no se doblaran, pero se iba cayendo según se procesionaba.

También había que hacerles agujeros porque al ser de plástico con el calor sudabas y se resbalaban. Era una auténtica odisea. Todo era artesanía: los gorros, los trajes, las varas de los niños con el escudo en resina, pero todas las deficiencias las suplíamos con ilusión. Disfrutar de aquella primera salida, fue algo muy especial, una idea de unos poquitos, apoyados por unos cuantos más, pudo llevarse a cabo. El recorrido estaba lleno de obstáculos. Los cables de la luz nos estorbaban, y con la misma ilusión que habíamos hecho todo los salvábamos además de contar con la pértiga de bajar al Cristo. La verdad es que al ponerme a escribir estas líneas sólo me asaltan recuerdos y vivencias increíbles.

La primera vez que desfiló la Cruz de claveles, el Domingo de Resurrección, la hicimos por la mañana. No se me olvidara. Entre Charo, Julián, mi hermano, mi padre y un par de hermanos más que no recuerdo nos liamos a poner claveles. La hicimos el mismo Domingo, y después de acabarla, un café y a la procesión. Fuimos los más fotografiados, causamos impresión en todo el público. Ahora que lo pienso, fue un momento muy bonito. Os recuerdo que tanto la Cruz como los palos para cargarla estaban hechos de una forma muy artesanal.

Durante estos 25 años, hemos tenido años de bonanza. Dos turnos de carga con muchos hermanos alumbrando con mucho público; pero hermanos, también hemos tenido momentos malos. Un año a la hora de cargar sólo éramos 38 hermanos de carga en el Cristo de la Agonía Redentora. Los nervios volvieron a aparecer. No podíamos salir al no ser suficientes. Así era imposible... pero por aquel entonces Julián, que era el jefe de paso, nos colocó 12 delante, 12 detrás y el resto dentro del cajón, pero en los varales de fuera. El público que estaba disfrutando de nuestra procesión no se dio cuenta, salimos y llegamos, como unos campeones, cansadísimos, pero muy contentos. En este estallido de recuerdos no podía faltar la banda, nuestra magnífica banda, que hoy por hoy es la mejor de Salamanca. Hemos disfrutado de ella en varios conciertos junto a la del Cristo de las Tres Caídas o con los Polillas de Cádiz. Conciertos memorables e inolvidables. Pero la banda no fue siempre así. Cómo olvidar sus comienzos, con sólo unos bombos que llevaban el ritmo de vez en cuando. Cada vez que Antonio lo recuerda nos partimos de risa. Y por supuesto a nadie se nos olvidara aquella salida en la que con una corneta intentaron tocar el silencio, y digo intentaron porque los nervios fueron tales que en vez de ayudar a mantener el silencio, provocó una risa unánime en la plaza de Anaya. Tal fue el descalabro que en la siguiente asamblea se formó una comisión para ir a escucharlos antes de salir procesionando. Yo participé en esa comisión y la verdad es que trabajo e ilusión no les faltaba, pero necesitaban un guía que les ayudara. Después de ver lo que trabajaban, cómo íbamos a decirles que no podían salir en la procesión...

En estos 26 años he vivido muchísimas cosas como cofrade y como persona. He crecido al igual que ha ido creciendo la cofradía. He tenido mis dudas, como supongo que las hemos tenido todos sobre todo cuando cumplí 19 años, mi primera novia, las vacaciones o la cofradía... lo puse en una balanza y al final, pudo mi fe. Sólo he faltado un año, y fue por culpa de la antigua mili. Me toco un poco lejos, en Canarias, y no pude venir. Mis lágrimas y mis cabreos me costo, pero fue imposible. ¡Con el Ejército hemos topado!

Los dos momentos más importantes en mi vida han transcurrido durante estos 25 años. Dos momentos contrapuestos: uno muy alegre y otro muy triste. El momento más difícil de mi

vida como persona y como cofrade fue cuando mi Cristo decidió llevarse a mi padre a su lado. Qué momento más complicado. Se tambalea tu vida, tu fe, tu forma de pensar. Cuantas dudas y preguntas sin respuesta. La verdad es que es una experiencia difícil de superar y que jamás se olvida. Pero igual que no se olvida ese momento, tampoco las personas que te dan su ánimo y su apoyo. Los tres pilares que me ayudaron a llevar este momento lo mejor posible fueron mi familia, las personas que forman mi cofradía y mi fe. Creo que si alguno de ellos me hubiera faltado, habría sido mucho más complicado superar este momento tan duro.

Pero también he vivido momentos muy bonitos. He conocido a gente inmejorable que ponerme a nombrarla uno a uno significaría ocupar 5 folios. Sobre todo tengo que destacar a la mujer con la que comparto mi vida, y la que me ha dado dos hijos preciosos. Una niña que vive la cofradía desde pequeña. Ha estado en varios besapiés, me ha acompañado a llevar y recoger las carrozas. Disfrutó del traslado del Cristo de la Agonía a las Isabeles y el regreso y si Dios quiere participará por primera vez en la procesión de noche, como dice ella, llevando la medalla de su abuelo. Y un niño más pequeño, que ya ha disfrutado del Domingo de Ramos junto a su hermana. Se llama Manuel, como mi padre.

Para terminar con estas vivencias quiero comentaros cuales son los momentos más bonitos, para mí, de la Semana Santa dentro de la cofradía y de los cuales os animo a participar, ya que por desgracia siempre vamos los mismos.

Por supuesto la vivencia más importante es la procesión. El poder enseñar a toda Salamanca nuestros Cristos y que todo el mundo disfrute de ellos. Hoy por hoy después de 26 años en la cofradía y de disfrutar de 24 salidas, me sigo poniendo nervioso como el primer día. Pero hay dos momentos muy especiales que son el ir a buscar las carrozas y llevarlas. Estos momentos son los que hacen cofradía. Allí todos participamos por igual, todos aportamos un poquito, todos repartimos alegría. El día de ir a buscar las carrozas es el momento de encuentro después de varios meses o prácticamente un año sin ver a algunos hermanos. Nos volvemos a ver, nos preguntamos por la familia, y disfrutamos llevando las carrozas hasta la catedral y preparándolas para el ensayo de por la tarde. Luego el día de devolverlas a su garaje, se confunden dos sentimientos; uno de alegría, seguido de otro de tristeza, porque guardas y recoges todo hasta el año que viene. Al terminar con esto y hacer la Cruz de flores nos juntamos en el Corral de Guevara. Ese momento sí que es especial. Ahí disfrutamos de todas estas vivencias y de muchísimas más, acompañadas de unos huevos con bacón y un cafetito. Es un momento muy entrañable y de los que hacen cofradía. Si podéis os invito a disfrutar de ellos.

Y para terminar os voy a contar porque cada día estoy más orgulloso de pertenecer a esta cofradía. El año pasado, a la hora de cargar, había un hermano nuevo, Javi, y hablando con él me dijo: “Te conozco. Bueno quien no; eres Ramón. Estoy contento de cargar aquí porque me habéis recibido como si llevara 25 años”. Cuando oyes esto, te hace estar muy orgulloso de pertenecer a esta cofradía.

Ramón Luis Gómez Lorenzo